

que iban á ejercer los Franceses en el Piamonte y pedian que se pusiesen á disposicion de Beaulieu las tres plazas de Tortona , Alejandria y Valenza á fin de que pudiera fortificarse y defenderse en ellas en aquel triángulo que forman en las orillas del Pó. Esto era lo que mas repugnaba al rey del Piamonte porque no podia soportar la idea de ceder tres puntos tan importantes á su temible vecino y rival en la Lombardia. El cardenal Costa fue quien le decidió á echarse en manos de los Franceses persuadiéndole de la imposibilidad de resistir á un vencedor tan precipitado haciéndole ver el peligro que habia en excitar su irritacion, por una larga resistencia y precisándole tal vez á que revolucionára todo el Piamonte , sin otro fruto que servir á una potencia estrangera ó mas bien enemiga cual era el Austria. Cedió el rey á estos consejos y mandó á Colli que abriese negociaciones con el general Bonaparte. Llegaron estas á Cherasco el 4 de floreal (13 de abril) , pero Bonaparte no tenia los poderes necesarios para firmar la paz aunque estaba en su mano admitir un armisticio á lo cual se decidió. Se habia separado del plan del directorio , por acabar con los Piamonteses, pero no habia entrado en sus miras conquistar el Piamonte , sino únicamente asegurar su espalda. Para hacer la conquista de aquel reino era necesario tomar á Turin y para eso ni tenia el material nece-

sario ni suficiente número de tropas para dejar un cuerpo de bloqueo y quedarse con un ejército activo , fuera de que ya entonces la campaña se reducía á solo un sitio , en lugar de que entendiéndose con el Piamonte bajo las garantias necesarias podia con seguridad cargar contra los Austriacos y echarlos de Italia. Se susurraba en su cuartel general que no convenia escuchar condicion alguna , sino que era indispensable destruir á un rey pariente de los Borbones y esparcir por el Piamonte la revolucion francesa. Estaba esta opinion bastante generalizada no solo entre los generales y oficiales , sino tambien entre los mismos soldados , y particularmente era el dictámen de Augereau , quien como nacido en el arrabal de San Antonio participaba de sus mismas opiniones. Pero no pensaba así el jóven Bonaparte que conocia la dificultad de revolucionar toda una monarquia , que era la única militar de Italia , y donde mejor se habian conservado las antiguas costumbres. No debia ciertamente suscitar nuevos obstáculos á su marcha pues se proponía hacer rápidamente la conquista de Italia, que solo dependia de la destruccion de los Austriacos y de su espulsion del otro lado de los Alpes ; por tanto no queria hacer nada que pudiese complicar su situacion y detener su marcha.

En consecuencia de todo esto dió su consenti-

miento para un armisticio, pero añadió al concederle que en el estado respectivo en que se hallaban los ejércitos no podía menos de serle funesto si no se le daban garantías seguras para todo cuanto quedaba á su espalda, en consecuencia pidió que se le entregaran las tres plazas de Coni, Tortona y Alejandria con todos los almacenes que habia en ellas para el uso de su ejército sin perjuicio de llevar cuenta despues con la república: que quedasen abiertos para los Franceses todos los caminos del Piamonte lo cual facilitaba mucho su marcha por las orillas del Pó; que se preparase un servicio de etapa en etapa para las tropas francesas que pasasen por ellos; y últimamente que el ejército sardo quedase dispersado en las plazas, de modo que no pudiese inspirar recelo alguno al ejército frances, cuyas condiciones fueron aceptadas y se firmó el armisticio en Cherasco el día 9 de floreal (28 de abril) entre el coronel Lacoste y el conde Latour.

Se acordó que saliesen inmediatamente para Paris los plenipotenciarios á fin de tratar de la paz definitiva y se le entregaron las tres plazas que habia pedido con almacenes inmensos. Desde entonces ya tenia cubierta el ejército su línea de operaciones con las tres plazas fuertes del Piamonte, asegurados unos caminos cómodos y mucho mas cortos que los que pasaban por la rivera de Génova,

va, y víveres en abundancia; se iba reforzando con un gran número de soldados, que al ruido de la victoria salian de los hospitales; poseia una numerosa artilleria tomada en Cherasco y en otras plazas, con gran número de caballos, y últimamente estaba surtido de todo habiéndose cumplido las promesas del general. Verdad es que en los primeros días de su entrada en el Piamonte habia saqueado alguna cosa por no haber recibido distribucion alguna durante aquellas marchas tan rápidas; pero una vez apaciguada el hambre se restableció inmediatamente el orden. El conde de San Marsan ministro del Piamonte visitó á Bonaparte y supo agradecerle tanto, que hasta el mismo hijo del rey quiso ver al jóven vencedor y le prodigó las mayores atenciones, que no solo le dejaron obligado, mas tambien les correspondió con la mayor finura tranquilizándolos acerca de las intenciones del directorio y sobre el peligro de las revoluciones. Eran sinceras sus protestas porque ya bullia en él un pensamiento que no disimuló en aquellas conversaciones, y era el de que habiendo cometido el Piamonte un grave error en ligarse con el Austria, debia por el contrario hacer amistad con la Francia, que era su natural aliada, por lo mismo que separada de él por los Alpes, no podia pensar en conquistarle sino mas bien en defenderle contra el Austria, y

tal vez proporcionarle aumentos de territorio. No podia suponer Bonaparte que el directorio consintiese en ceder al Piamonte porcion alguna de la Lombardia, porque no estaba todavia conquistada ni queria conquistarla sino para formar un equivalente, á los Países-Bajos; pero con aquella vaga esperanza de engrandecimiento podia disponerse el Piamonte á hacer una alianza con la Francia, cosa que nos habria valido un refuerzo de 20,000 hombres de escelentes tropas. No prometió nada definitivamente, pero supo escitar la ambicion y esperanzas del gabinete de Turin.

Como Bonaparte reunia á un entendimiento tan capaz una imaginacion viva y fuerte, que gustaba de conmovier los ánimos, quiso anunciar sus victorias de un modo nuevo é imponente, y así envió á su ayudante de campo Murat para que presentase solemnemente al directorio 21 banderas cogidas al enemigo, y luego dirigió á sus soldados la siguiente proclama:

« Soldados, habeis ganado en 15 dias seis victorias, cogido 21 banderas, 55 piezas de artilleria, muchas plazas fuertes, y conquistado la mas rica porcion del Piamonte; habeis hecho 15,000 prisioneros\*, muerte ú herido mas de 10,000 hombres; os habeis estado batiendo hasta aqui

\* No eran mas que diez á once mil.

« por unas rocas estériles, ilustradas por vuestro valor pero inútiles á la patria; y hoy os igualais por vuestros servicios al ejército de Holanda y del Rhin. Estando desnudos de todo, habeis sabido suplir á todo. Habeis ganado batallas sin artilleria, atravesado rios sin puentes, ejecutado marchas forzadas sin zapatos, bivacado sin aguardiente y muchas veces sin pan. Solo las fallanges republicanas y los soldados de la libertad eran capaces de sufrir lo que habeis sufrido y mereceis que se os den las mayores gracias. La patria reconocida os deberá su prosperidad, y si cuando vencisteis en Tolon presagiásteis la inmortal campaña de 1793, vuestras actuales victorias anuncian otra mucho mas bella. Los dos ejércitos que hace poco os atacaban con osadía, huyen asustados de vuestra presencia y los hombres perversos que se reian de vuestra desnudez, regocijándose interiormente de los triunfos de vuestros enemigos, quedan confundidos y trémulos. Pero soldados, estad persuadidos á que no habeis hecho nada mientras os queda algo que hacer. Ni Turin, ni Milan son todavia vuestros, y las cenizas de los vencedores de Tarquino se ven holladas todavia por los asesinos de Basseville. Se dice que hay entre vosotros algunos cuyo valor flaquea y que preferirian volverse á las cimas del Apenino y de los Alpes. No,

« yo no puedo creerlo , porque los vencedores de  
« Montenotte , de Millesimo , de Dego y de Mon-  
« dovi arden en deseos de llevar adelante la gloria  
« del pueblo frances. »

Fue extraordinario el gozo que causaron en Paris estas noticias , banderas y proclamas que fueron llegando sucesivamente , pues si el primer dia era una victoria que abria el Apenino y daba de sí dos mil prisioneros , el segundo ya era una mas decisiva que separaba á los Piamonteses de los Austriacos y contaba seis mil prisioneros. Los siguientes llevaban nuevas de mayores ventajas , como la destruccion del ejército Piamontés en Mondovi , la sumision del Piamonte en Cherasco y la certeza de una paz próxima , que servia de presagio á otras muchas. Asi la rapidez de los sucesos como el número de los prisioneros escedia á cuanto se habia visto hasta entonces , y el lenguaje mismo de las proclamas recordaba la antigüedad y sorprendia los ánimos , preguntándose unos á otros quien era aquel general , cuyo nombre , apreciado de algunos inteligentes pero desconocido en Francia resonaba por la primera vez. Todavía no le pronunciaban siquiera correctamente , y solo se alegraban de que la república veia todos los dias sobresalir nuevos talentos para ilustrarla y defenderla. Por tres veces declararon los consejos que el ejército de Italia habia merecido bien

de la patria y decretaron una fiesta á la victoria para celebrar el feliz principio de la campaña. Presentó el edecan que habia enviado Bonaparte las banderas al directorio y se celebró una funcion magnífica , á que asistieron muchos embajadores extranjeros , y el gobierno se vió rodeado de mayor consideracion.

Ya sometido el Piamonte , no tenia el general Bonaparte mas que marchar en persecucion de los Austriacos y correr á la conquista de Italia , pues la noticia de las victorias de los Franceses habia hecho extraordinaria impresion en los pueblos de aquellas comarcas , y se necesitaba que el que iba á penetrar por ellas fuese tan profundo político como gran capitan para conducirse con prudencia. Sabido es el cuadro que presenta la Italia al que desemboca en ella por el Apenino , donde los Alpes , que son las mas altas montañas de nuestra Europa , despues de haber descrito un vasto semicírculo hácia el Poniente en que abrazan la Alta Italia , se replegan de repente formando una linea oblicua hácia el Mediodia , que comprende la larga península bañada por el Adriático y el Mediterraneo. Habiendo llegado Bonaparte desde el Poniente , y atravesado la cordillera por el punto mas bajo , que con el nombre de Apenino contribuye á formar la península , tenia en frente de sí el hermoso semicírculo de la Alta Italia , y á su

derecha aquella península estrecha y profunda que forma la Italia inferior. Está dividida esta comarca en una multitud de estados pequeños que siempre suspiran por la unidad, sin la cual no hay que esperar ninguna gran existencia nacional.

Acababa Bonaparte de atravesar el estado de Génova, situado del lado acá del Apenino y tambien el Piamonte que está del otro lado. La antigua república de Génova constituida por Doria, era la única que habia conservado verdadera energia entre todos los gobiernos italianos, porque situada despues de cuatro años entre los dos ejércitos beligerantes, habia sabido mantener su neutralidad y proporcionarse todas las ventajas del comercio. Contaba entre su capital y el territorio litoral al rededor de 100 mil habitantes, y mantenía por lo comun de tres á cuatro mil hombres de tropas, pudiendo en caso de necesidad armar á todos los paisanos del Apenino y formar con ellos una excelente milicia pues tenia muy buenas rentas. Estaba dividida en dos partidos, de los cuales tenia la primacia el que era contrario á la Francia y habia espulsado de allí á muchas familias. No pudo menos el directorio de exigir que se las permitiese venir inmediatamente y que se pagara una indemnizacion por el atentado cometido con la fragata *Modesta*.

Saliedo de Génova y engolfándose á la dere-

cha en la península por las faldas meridionales del Apenino se presentaba por de pronto la feliz Toscana, situada sobre las dos orillas del Arno bajo el clima mas suave y en uno de los sitios mas abrigados de la Italia. Compone una porcion de esta península la pequeña república de Luca con 140 mil almas de poblacion, y lo restante lo forma el gran ducado de Toscana, últimamente gobernado por el archiduque Leopoldo y despues por el archiduque Fernando. Como aquel pais es el mas civilizado de Italia, habia fermentado en él suavemente la filosofia del siglo XVIII, y Leopoldo habia podido plantear las mas bellas reformas legislativas é intentado las esperiencias mas honrosas para la humanidad. Allí habia principiado el obispo de Pistoia una especie de reforma religiosa propagando las doctrinas jansenistas, y aunque la revolucion no dejó de asustar á los hombres pacíficos y tímidos de la Toscana, sin embargo abundaban allí mas que en otra parte los apreciadores y amigos de la Francia. A pesar de ser austriaco el archiduque fue uno de los primeros príncipes de Europa que reconoció nuestra república, y no dejaba de tener un millon de súbditos, 6 mil hombres de tropas y unas rentas de 15 millones de francos pero por desgracia era la Toscana entre todos los principados italianos el mas incapaz de defenderse.

Despues de la Toscana se seguia el estado de la Iglesia, cuyas provincias sujetas al papa se estienden por las dos vertientes del Apenino, del lado del Adriático y del Mediterraneo, y eran las peor administradas de Europa. Solo tenian aquella bien entendida agricultura que por tradicion de las edades remotas es comun á toda la Italia y suple á las riquezas de la industria, que desde largo tiempo estaba desterrada de su seno. Esceptuando las legaciones de Bolonia y Ferrara, donde reinaba un desprecio profundo del gobierno sacerdotal, y en Roma que es el antiguo depósito del saber y de las artes, donde algunos señores habian tomado cierto barniz de la filosofía como todos los personajes de Europa, el comun de las gentes yacia en la mas vergonzosa barbarie. Casi toda la poblacion compuesta de dos millones y medio de súbditos, constaba de un pueblo supersticioso é ignorante y de unos frailes holgazanes que nadaban en la abundancia. El ejército no pasaba de cuatro á cinco mil soldados que no gozan de gran reputacion, y el papa que era un príncipe vano, ostentoso, celoso de su autoridad y de la de la Santa Silla aborrecia profundamente la filosofía del siglo XVIII \*, y esperaba restituir

\* Si en estas decisivas de M. Thiérs no viéramos una verdadera falta de lógica, solo las considerariamos como una de las declamaciones comunes á muchos escritores franceses que

á la cátedra de San Pedro una parte de su influjo, con solo desplegar una gran pompa y mandar ejecutar trabajos útiles á las artes. Contando con la

suelen con igual ligereza y tono dogmático desaprobár todo lo que no es perfectamente conforme á lo que pasa en su pais; y que contribuye y ha contribuido mas de lo que ellos piensan á entretener en Europa un ódio profundo á su dominacion é influjo en las diversas comarcas á donde llevaron sus armas y su administracion y principios. Pero aqui no solo parece que intenta estigmatizar el gobierno papal, que convenimos en que era y es todavia bastante defectuoso, sino tambien el carácter personal de Pio VI, príncipe ilustrado y magnánimo y sumamente tolerante dentro de los límites y condiciones de su autoridad temporal y espiritual. Cuando toda la Europa no pudiese suministrar repetidas pruebas de que aquel sumo pontífice procuraba estudiar y seguir, ya que no anticiparse al espíritu del siglo, bastarian las que puede suministrar la España donde no se necesitó mas que una simple intimacion de su gobierno, para que el papa Pio VI consintiese en menoscabar las tres grandes barreras que mantenian el influjo de la corte de Roma en aquella nacion. A Pio VI se debieron las primeras aboliciones de la amortizacion religiosa por medio de las ventas de innumerables capellanias y otras fundaciones piadosas: la aplicacion de grandes porciones del diezmo á usos y necesidades temporales, y por último la notable disminucion de la autoridad inquisitorial, que casi quedó reducida á una mera comision del gobierno civil único autor de los abusos que pudieron todavia notarse durante aquel pontificado. Por tanto lejos de ser odiosa á la verdadera filosofía la memoria de aquel papa, no se la puede negar sin injusticia un gran tributo de admiracion y gratitud. ¿Se querria tal vez que el gefe supremo de la iglesia se decla-

magestad de su persona y con la persuasion de su palabra , que no dejaba de ser sublime , habia emprendido hace tiempo un viage para visitar á José II, con el fin de atraerle hácia las doctrinas de la iglesia y conjurar á la filosofía que parecia hacer progresos en el ánimo de aquel príncipe. No fue feliz aquel viage , y el pontífice lleno de horror contra la revolucion francesa , habia lanzado anatemas contra ella , y predicado una cruzada ; tolerando en Roma hasta el asesinato del agente frances Basseville. Escitados por los frailes , participaron todos sus súbditos del odio que profesaba á la Francia y se enfurecieron fanáticamente al saber las victorias de nuestras armas.

Ocupan la estremidad de la península , el reino de Nápoles y la Sicilia , que es el estado mas poderoso de Italia y el mas análogo por su ignorancia y barbarie con el de Roma , y peor gobernado si es posible. Allí reinaba un Borbon , príncipe pacífico , imbecil y entregado á una sola atencion que era la de la pesca , en que pasaba todo el dia y entretanto quedaba abandonado el gobierno del reino á su muger , que era una princesa austriaca partidario de las doctrinas del siglo XVIII y mandase reimprimir en Roma las obras de Voltaire y otros filósofos ? ¿ O se estrañará que no enviase sus bulas de arzobispo de Paris al apóstata Gobel y á los demas apóstoles del culto de la Razon ? (N. del T.)

ca , hermana de la reina de Francia María-Anto-  
neta. Esta princesa caprichosa y de pasiones des-  
ordenadas , tenia un favorito vendido á los ingle-  
ses , que era el ministro Acton <sup>8</sup> el cual manejaba  
los negocios de un modo insensato. Como la polí-  
tica inglesa consistió siempre en tomar pie en el  
continente dominando á los pequeños estados que  
rodean el litoral , habia procurado enseñorearse  
de Nápoles , como lo habia hecho de Portugal y  
de Holanda. Ellos escitaban el odio de la reina  
contra la Francia , suscitando la idea ambiciosa de  
dominar la Italia. Constaba la poblacion del rei-  
no de Nápoles de 6 millones de habitantes , y el  
ejército de 60 mil hombres ; pero muy diferentes  
estos soldados napolitanos de los bravos piamon-  
teses , eran una especie de *lazarones* , sin aire mi-  
litar , sin disciplina , y con aquella cobardia pro-  
pia de los ejércitos desorganizados. Siempre ha-  
bia estado prometiendo Nápoles reunir 30 mil  
hombres al ejército de Dewins , pero solo habia  
enviado 2400 hombres de caballeria bastante bue-  
na y bien montada.

Tales eran los principales estados situados en la  
península á la derecha de Bonaparte ; y á su fren-  
te , en el semicírculo de la Alta Italia , se encon-  
traba , primero en la pendiente del Apenino , el  
ducado de Parma , Plasencia y Gustala , que com-  
prenden 500 mil habitantes , 3000 hombres de

tropas, 4 millones de francos de rentas, y estaban gobernados por un príncipe español, que á pesar de haber sido discípulo de Condillac y recibido una buena educacion, habia caído bajo el yugo de los frailes y de los clérigos. Un poco mas á la derecha, siempre en la pendiente del Apenino, se hallaba el ducado de Modena, Reggio y la Mirandola, poblado de 400 mil habitantes, con 6000 hombres de tropas y gobernado por la autoridad del último descendiente de la ilustre casa de Est. Este príncipe desconfiado se hallaba tan sobrecogido de temor del espíritu del siglo, que llegó á hacerse profeta de puro miedo, y habia previsto la revolucion, citándose sus profecias. Preocupado de terror, lo primero en que pensó fue en ponerse al abrigo de la suerte juntando inmensas riquezas, esprimiendo sus estados; y como avaro y tímido que era, le despreciaban sus súbditos que son los mas listos y maliciosos de Italia, asi como los mas dispuestos á abrazar las nuevas ideas. Algo mas lejos, del otro lado del Pó estaba la Lombardia gobernada por un archiduque de Austria, cuya hermosa y fertil llanura situada entre las aguas de los Alpes que la fecundan, y las del Adriático que la llevan las riquezas del Oriente, cubierta de trigos, arroz, pastos y rebaños, y rica mas que ninguna otra provincia del mundo, estaba descontenta con la dominacion estrange-

ra, y permanecia *guelfa*, á pesar de su larga esclavitud. Tenia sobre un millon y doscientos mil habitantes, cuya capital Milan fue en todos tiempos una de las ciudades mas civilizadas de Italia; pues aunque menos favorecida de las artes que Florencia y Roma, se acercaba mas á las luces del Norte y poseia gran número de hombres que deseaban la regeneracion civil y política de los pueblos.

Ultimamente en el extremo de la Alta Italia se hallaba la antigua república de Venezia, que á pesar de su antigua aristocracia inscrita en el libro de oro, su inquisicion de estado, su silencio y su política desconfiada y cautelosa, no era ya una potencia temible ni para sus súbditos ni para sus vecinos. Contando sus provincias de Tierra-Firme situadas al pie del Tirol y las de la Iliria, apenas llegaba á 3 millones de habitantes, y podia levantar hasta 50 mil Esclavones buenos soldados porque estaban bien disciplinados, mantenidos y pagados. Era rica por su antigua riqueza, pero nadie ignora que despues de dos siglos habia pasado su comercio al Oceano y trasladado sus tesoros á los insulares del Atlántico. Apenas conservaba algunos navios, y estaban casi cegados los canales de sus lagunas; pero en medio de todo era poderosa todavia por sus rentas. Consistia su política en tener adormecidos á los pueblos con el reposo y las diversiones, y en observar la mas es-



tricta neutralidad respecto de las potencias; pero con todo los nobles de Tierra-Firme estaban muy envidiosos del libro de oro y sufrían con impaciencia el yugo de la nobleza que estaba atrinchada en las lagunas. En la misma Venezia principiaba ya á reflexionar la clase media, que era bastante rica, pues en 1793 habia forzado la coalicion al senado á pronunciarse contra la Francia y habia tenido que ceder; pero no tardó en volver á su política neutral, luego que principió á negociar con la república francesa. Ya digimos antes como se dió igual prisa que la Prusia y la Toscana á enviar un embajador á Paris; y ahora cediendo á las instancias del directorio, acababa de intimar al gefe de la casa de Borbon Luis XVIII que saliese de Verona. Marchó efectivamente este príncipe, pero declarando que exigia se le restituyese una armadura regalada al senado por su abuelo Enrique IV, y que se borrara el nombre de su familia de las páginas del libro de oro.

Tal era entonces la Italia, donde habia penetrado el espíritu general del siglo é inflamado muchas cabezas. No todos los habitantes deseaban allí una revolucion, ni menos aquellos que se acordaban de las espantosas escenas que habian ensangrentado la nuestra; pero todos aunque en diferente grado apetecian una reforma, y sobre todo no habia corazon alguno que no latiese con la

idea de independencia y unidad de la patria italiana. Aquel pueblo de agricultores, artesanos, artistas y nobles, esceptuando los clérigos que no conocían mas patria que la iglesia, se entusiasaban con la esperanza de ver á todas las porciones del pais reunidas en una sola, bajo un gobierno republicano ó monárquico, pero italiano. Ciertamente que una poblacion de 20 millones de almas con buenas costas, un territorio admirable, grandes puertos y magnificas ciudades, podia componer un estado fuerte y poderoso. Solo le faltaba un ejército, porque solo el Piamonte, casi siempre comprometido en las guerras del continente, tenia tropas valientes y disciplinadas. No porque la naturaleza hubiese reusado el valor natural á las demas partes de la Italia; pero esto sirve de muy poco, cuando no hay una buena organizacion militar y la Italia no tenia ni siquiera un regimiento que pudiese sostener la presencia de las bayonetas francesas ó austriacas.

Apenas se acercaron los Franceses cuando se llenaron de espanto los enemigos de la reforma política, mientras que sus partidarios estaban trasportados de gozo. Lo que es la masa general estaba perpleja con ciertos presentimientos vagos é inciertos, sin saber lo que debia temer ó esperar.

Al entrar Bonaparte en Italia tenia el proyecto y la órden de echar de allí á los Austriacos; pero